



NUM. 50. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 13 DE DICIEMBRE DE 1865.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO VII.

REVISTA DE LA SEMANA.

Encargado por una sociedad anglo-itala de damas de redactar en diferentes idiomas la biografía cronológica é imparcial del bello sexo aristocrático español, suplico á los que conocen sus pormenores de participármelos, asegurándoles el mas profundo secreto. A Luis de Berthelley, Jardines, 17, bajo.» Tal es el anuncio que apareció el otro día en el *Diario de Avisos*. Los lectores del *Diario de Avisos* ya conocen á Mr. de Berthelley: es un francés que se firma *monsieur l'avocat Luis de Berthelley*, y que ofrece dar lecciones de su idioma por un módico estipendio. Sin duda los anuncios que el *Diario* inserta frecuentemente de este *monsieur l'avocat* no le han dado bastante fruto, y ha deseado obtener una publicidad mayor. Si este ha sido su objeto, creemos que por otro camino lo podría haber conseguido mejor, porque la publicidad que ha de obtener por este medio no es la que le conviene. A Mr. Berthelley le importa darse á conocer entre los jóvenes estudiosos y entre los padres de familia, pero no en los tribunales ni en las audiencias; y la senda que ha tomado precisamente le aleja de las familias y le conduce via recta á los tribunales: esto amen de otros percances desagradables que puede encontrar.

Dice Mr. Berthelley que está encargado de redactar biografías femeniles y aristocráticas en diferentes idiomas: si todos los sabe como el español, buena estará la obra. Nuestros lectores habrán observado lo chapurrado del anuncio y por la muestra podrán formar idea de lo que sería el paño, si el tal paño pudiera llegar á existir.

Por lo demás, no creemos que semejante obra se lleve á cabo: el que no tiene noticias ni datos para escribirla, ni sabe dónde buscarlos y acude al vulgo para que se los dé, abriendo así la puerta á todos los maldi-

cientes y calumniadores ¿qué puede escribir que valga la pena de leerse?

En algunos países se ha explotado este género de literatura para alarmar á ciertas damas temerosas de la publicidad y hacerlas comprar el silencio del autor á costa de un puñado ó dos de doblones. No hay necesidad de decir el concepto que nos merecen autores de este jaez. Sin embargo, no creemos que el anunciante del *Diario* sea uno de ellos. El mismo en su anuncio confiesa que no sabe qué decir de las señoras cuya vida y milagros se muestra encargado de redactar, y no se puede vender aquello que no se tiene.

En la aristocracia española, como en todas las clases, se encuentra de todo: grandes y pequeñas virtudes, grandes y pequeñas ridiculeces, grandes bellezas y grandes y pequeños defectos. Para saber la vida de una persona, es necesario tratarla ó estar en contacto y relaciones con quien la haya tratado. ¿Y quién será el que habiendo tratado á las señoras de nuestra aristocracia vaya á comunicar á Mr. l'avocat Luis de Berthelley los datos que haya podido adquirir? En España no hay ninguna persona capaz de hacer eso. De donde se sigue que el presunto autor de las biografías recibiría los datos para ellas precisamente de las personas que no los tienen auténticos, de murmuradores, de maldicientes, de individuos que hablarían sin conocimiento de causa.

Pero estamos dando demasiada importancia á lo que en sí tiene muy poca. Los periódicos de todos colores han copiado el anuncio del *Diario* y le han comentado: han hecho mal: deberían haberle dejado dormir entre los demás anuncios de turrones de Navidad, vinos generosos, jamones dulces de Avilés y pasas de Málaga.

Las fiestas de Navidad se anuncian este año como siempre, con el estrépito de los tambores y rabeles de todos los chicuelos en los diversos barrios de la capital. Si la venida del Mesías se anunció de este modo en la Judea hace 1863 años, la providencia del rey Herodes, ya que no se justifique, puede explicarse de un modo hasta cierto punto satisfactorio. La música del rabel y del tambor, tocados por manos infantiles, lejos de domesticar á las fieras, como decía la inscripción del antiguo teatro de la Cruz, es capaz de comunicar instintos feroces á los hombres mas apacibles y mansos. Los mismos padres de estas criaturas no pueden resistir las mas veces la barahunda infernal de los angelitos: ¿qué será quien no es padre? ¿Y qué sería quien además de no ser padre, era rey, como le sucedía á Herodes?

Por lo demás, este rey Herodes tenia una buena cualidad, muy propia de su alta gerarquía, y es que era fidelísimo cumplidor de los juramentos que hacia estando borracho. No se verificó un solo caso de que hiciera un juramento despues de haber bebido que no le cumpliera. Tenia mucha afición á San Juan Bautista, que le agradaba por su franqueza y honradez; pero aconteció que el día de su cumpleaños hubo en su palacio una gran francachela, como ha sido siempre uso y costumbre de los mas escelsos monarcas, príncipes y emperadores; y una sobrina suya bailó despues de la cena con tal gracia, que Herodes que habia empinado el codo bastante mas que de costumbre, dijo á la chica: pide lo que quieras, que juro darte lo que me pidas, aunque sea el reino. Y la muchacha, instruida por su madre, dijo: la cabeza del Bautista. El buen monarca tuvo un gran pesar; mas no quiso faltar á lo que habia jurado, y mandó degollar en el acto á San Juan y llevarle allí la cabeza en un plato. Decimos esto para que se vea cuán sagrados eran entre los reyes del pueblo hebreo los juramentos hechos despues de comer.

En tiempo del rey Herodes, la China era muy poco conocida y no se sabian sus costumbres. Si se hubieran sabido, algunas podrían haberse imitado, sobre todo en lo que dice relacion á las diversas maneras de matar. En China hace mucho tiempo que apenas se usa el verdugo, el cual oficio no tiene aplicacion para los grandes personajes. Comete allí un delito un personaje eminente, ya sea el de perder una batalla, ya el de no gobernar bien una provincia, ya el haberse puesto un gorro de color diferente del que le conviene, ya en fin, el haber desagradado al emperador; y el hijo del cielo, como se llama S. M. chinesca, le envia la órden de ahorcarse. El que recibe esta órden se despide de su familia y amigos para el gran viaje, y cumple lo que se le ha mandado. Esto ha hecho no hace dos meses el famoso general chino Chem-pao, que hace dos años salvó á Pekin de la invasion de los rebeldes. Habia desagradado á la córte, y al primer descuido se encontró con la órden de su bondadoso soberano, para pasar al otro mundo. Chem-pao la obedeció en el acto, y el correo llevó á Pekin la noticia de estar ejecutada, á fin de que se insertase en la *Gaceta*, como se hizo.

El año 63 se despide para nosotros como ha empezado, de un modo poco lisonjero. Hoy tenemos que deplorar la muerte del señor don Luis Rodriguez Camaleño, jurisconsulto distinguido, hombre consecuente en sus opiniones, honrado en su conducta, querido de

cuantos le trataban. El señor Camaleño nació en Reinosa en 1790; fue catedrático de derecho público en la universidad de Valladolid en 1820; después jefe político de Lugo, luego fiscal, y sucesivamente magistrado en las audiencias de Oviedo, Burgos y Madrid, y ministro del Tribunal Supremo de Justicia. Elegido varias veces diputado, y por último senador, se había dado á conocer por sus discursos y sus obras en materias filosóficas, morales y políticas. Acompañamos á su familia en su justo sentimiento.

Un descubrimiento importantísimo anuncian de Avilés á un periódico de noticias. Según cuentan, el problema de la dirección de los globos ha quedado ya resuelto satisfactoriamente por el físico don Feleiciano Suarez de la Blanca y el industrial don Victorio Castriñon, ambos de aquella villa. Dicese que han hecho tres experimentos que no han dejado nada que desear; y que animados por tan buen éxito, harán una ascension en primeros de enero, luego que lleguen de Inglaterra dos grandes globos que han encargado, á los cuales adaptarán sus aparatos motores y directores. Como el problema de dar dirección á los globos no es imposible de resolver, no negaremos que haya quien lo descubra; celebráramos que éste fuese un español; y si fuesen dos españoles, tanto mejor. Pero es necesario que veamos esos experimentos para poder juzgar de ellos; y rogáramos á los señores Suarez de la Blanca y Castriñon, que cuando hagan su primer viaje dirijan sus globos hácia esta capital, donde serán recibidos con el mayor entusiasmo.

En la semana última ha habido tres novedades teatrales: *La cosecha*, drama del señor Larra, representado en Variedades; *Matar ó morir*, zarzuela puesta en escena en Jovellanos, y *El último que lo sabe*, comedia del señor Diana, estrenada en el Príncipe. *La cosecha* interesa en el primer acto y decae en los demás: lo inverosímil y forzado de las principales situaciones y lo previsto del desenlace, contribuyen á ese decaimiento. Hay sin embargo escenas muy bien descritas; el diálogo es animado, los pensamientos buenos y el fin moral. En suma, el señor Larra sabe producir mejores cosechas que la de Variedades, y las producirá si tiene presente que el fin no justifica los medios.

Matar ó morir es un juguete, al cual ha dejado su autor demasiado tufillo francés. Hace reír en muchas escenas, y nada más. En cuanto al *Último que lo sabe*, no la hemos visto aun; pero la veremos.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

LOS ARBOLES Y LAS FLORES SAGRADAS.

El mundo ha cambiado mucho desde el tiempo en que según la creencia general apenas había ninguna flor en los campos que no estuviera en misteriosa relación con las hadas, ni casi ningún árbol que no tuviese su; terribles leyendas, sus maravillosas propiedades y su protector especial y sobrenatural. En el día las flores son tan hermosas como antes y los árboles tan variados como siempre; pero todas estas creencias han desaparecido y solo nos queda la tradición de ellas como una página iluminada sobre la cual los signos de varias edades diferentes se hallan medio ocultos unos encima de otros. Debajo de los caracteres de las hadas están los de las grandes divinidades antiguas del Norte, Woden, Thor y Freyja; á mayor profundidad, los del mundo más antiguo en que se introdujeron, los del mundo de Pæon, el físico del Olimpo que dió su nombre á la peonía y los de Helena de Troya, cuyas virtudes, si no su belleza, están recordadas en el *helenium* ó énula campana, de cuya yerba, dice un escritor antiguo, tenía llenas las manos en el momento en que fue robada. Si el descifrar todos estos caracteres no es una tarea fácil, es por lo menos una tarea agradable que nos conducirá á algunos de los puntos más principales del mundo; pero nuestro exámen se á ligero y sucinto, porque para tratar á fondo esta materia necesitaríamos volúmenes enteros.

Para buscar el origen de la misteriosa reverencia con que se miraba antiguamente á ciertos árboles y flores, debemos retroceder á aquella edad primitiva en que la tierra aparecía á sus habitantes, no solo «adornada de una luz celestial,» sino que además cada parte de la creación parecía dotada de una vitalidad extraña y sapiente. En conformidad con estas ideas hallamos en las mitologías más antiguas ríos y árboles sagrados, los cuales á veces han seguido siendo mirados así, mucho tiempo después del conocimiento de un dogma más puro. No hay parte alguna del mundo en la que por un pueblo y en una época determinada no hayan sido considerados los árboles como objetos de un culto directo ó formando el templo bajo cuya sombra solemnemente eran adoradas otras divinidades más remotas. «El paraíso mismo, dice Evelyn, era una especie de templo ó de bosque sagrado,» plantado por Dios y entregado al hombre como primer sacerdote, y añade además que aquellos bosquecillos que los patriarcas plantaron en

diferentes puntos de la Palestina pueden haber sido recuerdos del paraíso de que fue echado Adam.

No es casi posible determinar hasta qué punto influyó el recuerdo de la creación y de la caída del hombre referida en el Génesis, en los sistemas religiosos de las grandes naciones de la antigüedad. Hay ciertos puntos de semejanza que son cuando menos notables y que podemos considerarlos como la tradición independiente ó como el desarrollo natural de la mitología del primer período. El árbol misterioso y sagrado que aparece en las esculturas y pinturas más antiguas del Egipto, de la Asiria y del remoto Oriente, sugiere desde luego la idea de los árboles de la vida y de la ciencia que cita la Sagrada Escritura. En el simbolismo de las dos naciones que hemos citado, el árbol sagrado figura como un tipo del universo y representa todo el sistema de las cosas creadas, pero más frecuentemente aun es «el árbol de la vida,» con cuyo fruto los fieles servidores de los dioses se alimentan con la fuerza divina y se preparan para los gozes de la inmortalidad. Los tipos más antiguos de este árbol místico de la vida, son la palmera, la higuera y el pino ó cedro. El primero de estos que aparece representado es la palmera, la verdadera palmera de dátiles del valle del Nilo y de la gran llanura de la antigua Babilonia, árbol al que escuden en altura y en magnificencia varios de la misma familia, pero que crece aun en dos de los grandes centros de la civilización antigua y que además de su importancia por el alimento que suministra, tiene una belleza particular cuando los racimos de dátiles se hallan pendientes en su dorada madurez bajo su corona de hojas de un verde oscuro. El árbol de la vida se halla también figurado en una lápida sepulcral egipcia que existe en el museo de Berlín y que ciertamente es anterior al siglo XV antes de Jesucristo. Dos brazos salen de la copa del árbol, uno de los cuales presenta un racimo de dátiles al muerto que está en frente, mientras que el otro brazo le da el agua de la vida. Estos brazos son los de la diosa Nepte que aparece por completo en otras representaciones posteriores. En otra representación se ve á una familia entera recibiendo su alimento del árbol de la vida para el cual se ha escogido por tipo el *ficus sycamorus*, que es el sicomoro de la Escritura. Otra clase de higuera, la llamada *ficus religiosa*, es el árbol sagrado de la India; debajo de este árbol nació Vishnou, y cuando Brahma designó los diferentes monarcas de bestias, aves y plantas, la higuera sagrada llegó á ser la soberana de los árboles. El árbol sagrado que aparece siempre en las esculturas asirias, es aparentemente una forma tradicional de la palmera de dátiles, pero las hojas que terminan sus ramas están reemplazadas á veces por conos de pino ó de cedro, aunque es más probable que sea del primero puesto que una especie de pino llega á ser de gran tamaño en la parte montañosa de la Asiria, al paso que el cedro que por su figura magestuosa y por la veneración que se le tiene en la India septentrional donde su nombre significa «árbol de los dioses,» no se extiende más allá de los confines del Himalaya por la parte del Oeste. Conos semejantes á estos se ven con frecuencia colocados en las manos de los sacerdotes asirios, y éste es probablemente el mismo abeto, por lo menos los conos son los mismos, que se ve en una procesion solemne en la base de la gran columnata de Persépolis.

La causa de haber elegido estos dos árboles, la palmera y la higuera, es fácil de conocer; ambos se cuentan y se han contado siempre entre los árboles más importantes que producen alimento en el Oriente, y hubiera sido imposible hallar tipos más á propósito para representar el árbol místico de la vida cuyo fruto da fuerza y sabiduría. «Honor á vuestra tía paterna,» dice el profeta del Islam, «honor á la palmera, porque fue creada en el Paraíso de la misma tierra de que fue formado Adam.» Una tradición mahometana posterior, dice: «A Adam se le permitió sacar tres cosas del Paraíso: el mirto, que es la primera de todas las flores aromáticas del mundo; una espiga de trigo, que es el primero de todos los alimentos; y dátiles, que son los primeros entre todos los frutos del mundo.» Los dátiles fueron llevados misteriosamente al Hedjaz; de ellos provienen todas las palmeras del mundo, y Alá los ha destinado solo para los fieles creyentes, los cuales han conquistado todos los países que los producen. Una leyenda tal demuestra la importancia dada á la palmera, y no debemos suponer que han sido llevados como un símbolo sagrado desde un país á otro, ni atribuir á la influencia egipcia las palmeras doradas del templo de Salomon. Los judíos y los árabes consideran á este árbol como eminentemente misterioso, y como poseedor de varias propiedades que hacen de él el emblema de un ser humano; si se le corta la copa que sirve de cabeza, muere; y si se le corta una rama no vuelve á salir otra en su lugar. Por el misterioso movimiento de sus hojas en un día de calma, se podían saber muchas cosas presentes y futuras, y Abraham, dicen los rabinos, era muy hábil en este lenguaje de las palmeras. La palmera es uno de los tipos bíblicos del hombre justo, y se ha dicho que hay una alusión á la palmera (por la creencia popular que suponía que cada mes echaba un nuevo brote, lo cual hacía que al fin del año fuera un símbolo de él), en la descripción

que hace San Juan del árbol de la vida en medio de la Jerusalem celestial, «que llevaba doce clases de frutos y producía su fruto cada mes.» Esta alusión parece haber sido reconocida en el primer período, y el árbol de la vida está representado por una palmera en algunos de los primeros mosaicos que revisten el interior de las basílicas romanas. Así aparece en la iglesia de San Cosme y San Damian hácia el año del Señor 536 con el fénix (que es la representación más antigua de Nuestro Señor) sobre su copa. En el famoso mosaico del oratorio contiguo á San Juan de Letran (que pertenece al año 642 poco más ó menos), la palmera con el Padre Eterno y el Hijo á los dos lados de ella se levanta del centro de un cercado guardado por un ángel con una espada desnuda. Así, pues, la palma del mártir cristiano no era solo un emblema de la victoria, sino que significaba de un modo más evidente aun su conexión con el árbol de la vida divina, cuyas hojas eran para la salvación de las naciones.

La hoja de la palmera no se ha conocido en el Norte de la Europa hasta después de la primera cruzada; mas sin embargo, aparece en las iglesias de Francia en una época muy anterior, y el árbol sagrado que figura constantemente en los muros de los vastos palacios de Senacherib y Esarhaddon, se reconoce aunque alterado en las fachadas de las iglesias, cuyos constructores no sospecharían la alta antigüedad del emblema que empleaban. La historia probable de su introducción es muy curiosa. Durante el primer período merovingiano existía un gran movimiento comercial entre la Galia y las playas orientales del Mediterráneo; los mismos comerciantes sirios se establecían también en la Galia; todos ellos eran cristianos, y entre otros objetos traían del Oriente reliquias de los santos, buscadas luego con ardor por los francos y los burguñones nuevamente convertidos, vino de Gaza y de Ascalon para usarle en la misa; raíces, tales como las comían los solitarios de los desiertos de Egipto, las cuales constituían el único alimento de ciertos reclusos emparedados en torres aisladas, cuya historia es referida por Gregorio de Tours, y que eran buscadas después por algunos de los monjes más severos para que los sirvieran de alimento, y los ricos tejidos de seda del Oriente para hacer con ellos capas y casullas para el servicio del altar. Algunas de estas se conservan aun en las sacristías de varias iglesias del Sur de Francia. Su origen es evidente; en más de una, los emblemas que se ven con tanta frecuencia en los monumentos asirios y en las vestiduras de los personajes, están reproducidas con poca variación según el espíritu estacionario de la industria oriental; á veces se encuentra también el árbol sagrado con sus hojas y flores convencionales. Estos tejidos se harían probablemente en Bagdad ó en Bassora, donde las antiguas formas típicas se han conservado más que en las demás partes. Su singularidad y su belleza, realzada por el oro y los hermosos colores del brocado, parece que chocaron mucho á los artistas romanos y franco-romanos de la Galia, los cuales los copiaron en la escultura de sus iglesias, y según algunos célebres anticuarios franceses, el árbol místico de la Asiria con sus leones guardianes está representado en el tímpano del pórtico de algunas iglesias de varias épocas, aunque todas muy antiguas; la figura del árbol varía, y los leones suelen estar reemplazados por dragones ó por monstruos alados.

El tercero entre los árboles sagrados más antiguos, el pino ó cedro, es un tipo diferente y representa una clase distinta de ideas. El más ligero y gracioso de la familia de los abetos, tiene cierto aspecto de fuerza y duración, y los pinos que cubren las montañas de la alta Asiria y de Persia, aunque no llegan á las dimensiones gigantescas de los del Himalaya, deben haber contrastado de un modo muy marcado con las palmeras y los tamariscos que son los que hay principalmente en el distrito de aluvion. La familia entera posee en efecto algo del carácter que llega á su mayor desarrollo en aquellos venerables cedros del Líbano, que son tal vez los árboles que producen una impresión más solemne entre todos los del mundo.

Es posible que el cedro haya tenido su representación en Occidente en un período muy anterior al de la palmera. Muchas de sus propiedades características, como su grandeza y su fuerza, son más notables en la encina entre los árboles de Europa. Es verdad que en un período muy remoto, hace más de 4,000 años, cuando las primeras tribus arianas llegaron á las playas de Europa, la mayor parte del suelo de este continente estaba cubierto de bosques compuestos exclusivamente de abetos que fueron reemplazados primero por una vegetación de encinas, y después por una de hayas. Lyell ha demostrado en su última obra esta serie de cambios en Dinamarca. Los bosques de pino de este período primitivo habrán sido solemnes y gigantescos, y habrán servido de origen digno á la religión y á ciertas ideas, pero si eran los primitivos representantes del rey de los árboles en Occidente, los atributos que los supusieron en un principio pasaron después á la encina, en la cual quedaron. La encina es la que, como el cedro en el Oriente, representa la fuerza y el poder sobrenatural. En todas partes la encina (que como el cedro, atrae al rayo que la hiere frecuentemente), es el árbol del dios del trueno. Las encinas de Zeus rodea-

ban á su oráculo en Dodona; en el Norte, la encina está bajo la protección especial de Donar ó Thor, el dios que maneja el martillo, cuyo nombre se conserva aun en las palabras *donner* y *thunder*, trueno. Exceptuando al Fresno, tal vez no hay ningún árbol europeo que pueda competir con la encina ni en extensión de la veneración que se le ha profesado, ni en grandeza en cuanto á sus antiguas tradiciones.

Una de las pocas cosas que sabemos con certeza acerca de los druidas, es su veneración á la encina y al muérdago que crece sobre ella, porque en el día no se le encuentra apenas sobre este árbol, lo cual ha sugerido la idea de que no debemos mirar como al verdadero muérdago de los druidas al *viscum album* de nuestros bosques, si no al *loranthus europæus*, planta parásita que crece con frecuencia en las encinas de la Europa meridional. Los tallos del *loranthus* son más largos y sus hojas más anchas que las del *viscum*, pero aunque concedamos que la rama que hizo admitir á Eneas á ver las maravillas del mundo subterráneo, fue una rama de *loranthus*, el marentakken ó rama de espectros, que aun en el día se cree en el Holstein que da á su dueño la facultad de poder ver espíritus, es indisputablemente el verdadero *viscum*, el mismo que crece en pelotones en todos los huertos de Glastonbury de esta famosa isla de Avalon, que es muy posible que fuera una fortaleza del druidismo y que según la antigua tradición contenía la tumba del gran héroe breton del rey Arthus. No hay razón alguna para creer que el *loranthus* creciera más al Norte que ahora, y además el muérdago figura tanto en las tradiciones de los pueblos septentrionales como en las de los celtas. Una rama de muérdago puesta en manos del ciego Hodur por el perverso Loki bastó para matar á Baldur, al más blanco y mejor de todos los dioses de los escandinavos (1).

Parece algo extraño que se haya escluido al muérdago, tanto de las fachadas de las iglesias de ahora como de las esculturas y molduras antiguas, mas sin embargo, no se halla en general en ninguna parte; la única excepción que hallamos á esto es la de un sepulcro antiguo de la catedral de Bristol en Inglaterra, en el cual se ven ramas de muérdago con hojas y bayas. No parece que se encuentre en ningún otro punto, al paso que la encina es uno de los árboles que más y con mayor exactitud han representado los artistas de la edad media.

(Se continuará.)

A.

COSTUMBRES AFRICANAS.

EL PUEBLO FAN.

I.

Entre las diferentes expediciones proyectadas por Pablo Chaillu, luego que se hubo acostumbrado á residir entre los negros, figuraba muy especialmente la de visitar al pueblo Fan.

Moviente á darle la preferencia entre todos las demás, dos razones capitales.

Consistía la primera en ver de cerca un pueblo de caníbales; y la segunda, en que dirigiéndose al territorio ocupado por los fans, penetraba en el país y se aproximaba más y más á la Sierra de Cristal, objeto de sus desvelos.

Hallándose en Mbene, decidió realizar su deseo, y organizando una expedición, se puso en marcha, acompañándole el rey de Mbene y su hijo, ó sean Miengai y Makinda.

Omitiremos las penalidades del viaje, que no fueron pocas, especialmente el hambre que padeció, efecto de la carencia de víveres y de que su estómago, harto civilizado para aquel país, se negaba á tolerar la carne de mono ó de culebra, que con tan singular placer devoraban los pobres negros bagajeros y de la escolta.

Y es el caso que todos aquellos monos que servían para la cena de los negros, eran víctimas de la destreza del mbuiri (espíritu) u «hombre blanco», pues los pobres negros, además de que poseen pocos y malos fusiles, son torpísimos tiradores.

Es muy original lo que acontece en aquellos países: los días son generalmente hermosos, apacibles, aunque calorosos, pero esto no impide que todas las noches haya tormenta y caiga una copiosa lluvia.

La humedad que esas lluvias producen, explican el por qué los negros, luego que acampan, aunque cubiertos de sudor, se apresuren á encender una grande hoguera, á cuyo alrededor se colocan, como otros tantos monos, con verdadero deleite.

Una tarde descubrieron una pequeña aldea y Makinda aconsejó á Chaillu, que pasasen en ella la noche, pues era un lugar abandonado pocos días antes por sus moradores, á causa de que habiendo caído un rayo, y destrozado el ídolo, conocieron que se hallaban en lugar peligroso para la tribu.

Chaillu convino en lo que se pedía, deseoso de pasar una noche al abrigo de la lluvia; mas á medida que se

aproximaban á la aldea, creían notar que no se hallaba abandonada.

Avanzaron, pues, tomando algunas precauciones y en efecto, casi todas las cabañas estaban ocupadas, bien que provisionalmente, por el vecindario de un pueblo balakes, que abandonaba la aldea donde hasta entonces residiera.

Chaillu quiso saber la causa de aquel destierro en masa consumado voluntariamente, y le contestaron que uno de los balakeses más respetados había sido muerto de un tiro en el momento en que se bañaba en el río Noya.

Como aquellos desdichados seres ignoraban la existencia de las armas de fuego, consultaron al doctor (grigri), el cual declaró, que estando infestado el país de unos hechiceros y encantadores misteriosos, era preciso, sino querían sucumbir todos, abandonar la comarca.

El pánico hizo lo demás; y esta era la razón de que Chaillu y sus hombres encontrasen la abandonada aldea ocupada por un pueblo balakes.

Hemos dicho en otra ocasión que en el Africa ecuatorial se carece de toda clase de animales de carga. Era, pues, muy curioso el aspecto de aquel pueblo, desfilando por los más elevados vericuetos, hombres, mujeres y niños, cargados con todo su mobiliario, cofres, calderos, cubetas, baterías de cocina, ropas, armas, instrumentos de labranza y los víveres necesarios.

Cenaron juntos unos y otros; y al oscurecer, cada cual se retiró á la cabaña ó choza, donde al llegar se instalara.

Cesó la animación, cesaron las conversaciones; los muchachos suspendieron sus juegos y reinó el más profundo y solemne silencio, interrumpido únicamente por el grito del leopardo que olfateaba una presa y la buscaba al amparo de las sombras de la noche.

Mas de pronto turbó aquel magistoso silencio, un cántico lúgubre y doloroso, propio exclusivamente de las gentes de aquel país; una especie de lamentación que asusta y ahuyenta toda esperanza de salvación.

Era un cántico de adios, dirigido al difunto.

Apenas llegaba la noche, el terror descomponía el semblante de los balakeses, copiosas lágrimas brotaban de los ojos de las mujeres, y los muchachos, asustados, se acercaban á sus madres.

Era aquella la hora en que los malos espíritus, vagan por los bosques, amenazadores é invisibles, buscando víctimas.

Y aquel cántico pausado, medroso, lúgubre, tenía el don de ahuyentarlos.

Hé aquí una de las estrofas:

¡Ay! Ya no volveremos á hablarnos...
No volveremos á ver tu semblante...
No pasearemos ya juntos...
Ya no tomarás parte en nuestras querellas...

Cuando hubieron cantado por espacio de media hora, seguros ya de que los malos espíritus habrían huido, y noticiosos de la escasez de alimentos nutritivos que molestaba al «hombre blanco», le regalaban algunas gallinas en cambio de algunos puñados de tabaco, para que «des fuese más llevadero el viaje.»

Porque en el Africa ecuatorial, hombres, mujeres y niños, todo el mundo fuma: si algún negro mastica el tabaco, es porque lo ha aprendido de un marinero europeo de los que hacen la trata.

Aquella noche sorprendió Chaillu á los príncipes Makinda y Miengai, indignos hijos de su amigo el rey de Mbene, robándole las bananas.

Nuestro viajero les significó su disgusto aplicándoles algunos puntapiés; y esto hecho acostóse para madrugar, pues el día siguiente debían llegar al término de su viaje, ó sea al territorio de los caníbales.

Pero antes de que Chaillu pudiera convencerse de si eran ciertas sus noticias respecto al particular, estaba dispuesto que pasase un momento de apuro.

Para hacer más llevaderos sus interminables viajes á pie, solía tomar la escopeta, y persiguiendo ora un mono, ora un pájaro raro, se adelantaba á su comitiva: de esta manera caminaba insensiblemente 16 ó 18 kilómetros cada día.

Persiguiendo á un astuto mono que saltando de rama en rama y de árbol en árbol se alejaba constantemente del cazador, de modo que éste no llegó á verse nunca á tiro del ágil animal, habiase adelantado á su escolta algunos centenares de pasos, y de pronto, al llegar á lo alto de una colina, hallóse frente á frente y como á treinta pasos de distancia de un tremendo guerrero negro y dos esclavas.

Chaillu sintió un profundo terror, y ésta fue la causa de que no reparase en el mortal espanto que se había apoderado del guerrero y de sus dos mujeres.

En efecto: el pobre guerrero fan, al verse en presencia de un hombre blanco, cosa en que jamás había pensado, quedóse con la boca abierta, trémulos y lívidos los labios. El escudo que sustentaba su brazo izquierdo chocaba convulsivamente contra las armas ofensivas y defensivas; una de tres javelinas que llevaba en la mano, se le había caído al suelo, y la manera con que sujetaba las otras demostraba el profundo terror que le dominaba.

Respecto á las dos negras, en el primer impulso de miedo dejaron caer á tierra las canastas que llevaban á la cabeza y permanecieron mudas, aterradas y mirando fijamente, cual si se sintiesen fascinadas, á aquel hombre, vision ó mbuiri (espíritu) de cutis blanco y cabellos lacios.

Al pronto creyeron hallarse en presencia de un espíritu descendido del cielo.

Chaillu pensó otra cosa: —«Supongamos, se dijo mentalmente, que mi presencia exaspera á este terrible guerrero y que me dirige una flecha envenenada. Supongamos también que vuelva de su asombro antes de que se me reunan mis compañeros y pretenda atravesarme con su lanza ó degollarme con su lanza.... La manera de imposibilitar todas estas suposiciones, se reduce á ganarle la vez y derribarle de un tiro; pero atendido á que la efusión de sangre me repugna grandemente, y considerando que un hecho de esta naturaleza puede dar al traste con mis proyectos, me abstengo.»

Este razonamiento le indujo á sonreírse agradablemente y á dirigir á aquellas tres estatuas de ébano vivo un ademán amistoso.

Tanto él como ellas, el negro y las negras se habrían hundido gustosamente en la tierra, á ser esto posible.

Chaillu comprendió que la situación se agravaba: las manos del guerrero negro no temblaban ya: su mano empuñaba con seguridad las dos flechas que le quedaban...

Felizmente aparecieron en este momento los negros que le escoltaban.

Miengai se echó á reír al notar lo que sucedía.

En seguida se aproximó al guerrero fan y le dijo que no debía tomar por un mbuiri á aquel extranjero; y que solo debía ver en él «al hombre blanco de su padre», que llegaba desde el litoral sin más objeto que visitar á los fans.

Chaillu confirmó su origen terrenal obsequiando al guerrero con un pedazo de tabaco y á las negras con algunas sartas de perlas blancas.

Con esto se separaron amistosamente, regresando el fan á la aldea para anunciar la llegada de «el hombre blanco de Mbene.»

Tan perfectamente lo hizo, que apenas se hubo instalado Chaillu con su gente en dos grandes cabañas que halló á la entrada del lugar, empezaron á acudir, ansiosos de contemplarle, muchos y grandes grupos de fans.

Los hombres disimulaban su terror; en cuanto á las mujeres y á los niños, bastaba que el hombre blanco les dirigiese una mirada para que huyesen de allí apresuradamente.

Chaillu confiesa que su temor era por lo menos igual al que inspiraba: solo que el suyo era motivado.

Sí, ¡No podía dudarlo! ¡Hallábase en presencia de verdaderos caníbales! Rodeábanle un centenar de devoradores de carne humana.

¡Luego, el color de su piel contribuía á que Chaillu creyese haber dado en una manada de leopardos negros!...

Esto no obstante, observó que era el pueblo más notable de cuantos había visto en Africa hasta aquel momento.

Eran menos oscuros de color, vigorosos, altos, bien formados y muy activos: sus miradas revelaban también mayor inteligencia que las de otros pueblos africanos que no han tenido roce con la raza blanca.

El vestido de los hombres se reducía á un cinturón de corteza de árbol, del cual pendía por delante, á guisa de delantal, una piel de gato salvaje ó de algún otro animal.

Tenían los dientes pintados de negro y limados en punta, lo cual daba gran ferocidad á su aspecto; sus cabellos, ó por mejor decir, sus lanas estaban divididas en muchas y delgadas trenzas, en cuyos extremos lucían perlas blancas ó argollitas de cobre ó de hierro. Algunos llevaban en la cabeza un adorno circular de vistosas plumas de colores.

Llevaban colgado á la espalda un gran cuchillo, toscamente labrado; en el brazo izquierdo un enorme escudo cuadrangular de piel de elefante; en la mano derecha algunas javelinas, y alrededor del cuello y del pecho una especie de collares de ídolos y de grisgrís de metal, que resonaban como campanillas, cuando se movían.

Los escudos de los fans son, como queda dicho, de piel de elefante, pero eligen siempre la tira de la espalda, porque después de seca y abumada se pone tan dura como el hierro. El escudo tiene tres pies y medio de altura y como dos y medio de ancho.

Las mujeres van vestidas harto más ligeramente que los hombres, y son tan pequeñas y tan feas, que para poder formar ideas de lo que son, es preciso haber visto las bobies de Fernando Pó, es decir, las criaturas más repugnantes del mundo.

Como los hombres, liman en punta los dientes, se pintan el cuerpo de rojo por medio de tintas que extraen de una madera del país; y acostumbran llevar á sus hijos á la espalda en una especie de morral, hecho de corteza de cierto árbol.

Chaillu dejó que le examinasen á su gusto: lo que más les sorprendían eran el cabello y los pies: no se

(1) Véase el artículo sobre la mitología escandinava publicado en el núm. 54 del año pasado.

cansaban de admirar su pelo fino y lacio, y en cuanto á los pies, viéndolos encerrados en unas botas, sobre las cuales caía el pantalon, imaginaban que botas y pies todo era una misma cosa. Por esta razon no sabian cómo explicarse que teniendo los pies negros fuesen sus pies y su rostro blancos.

Pero Chaillu no olvidaba un instante su idea capital: ¡hallábase entre caníbales! Iba á aclarar un punto que le complacia poner en duda.

Sin embargo, de que desde su llegada á la aldea habia notado vestigios de sangre, que le pareció humana, insistió en su incredulidad.

La mañana siguiente apenas salió de la cabaña tuvo al fin que creer: ¡el primer objeto con que tropezaron sus miradas fue una mujer que pasaba á cierta distancia llevando en las manos un muslo de hombre, ni mas ni menos que una cocinera que regresase del mercado con una pierna de carnero!...



VENDEDORA DE PUNTILLAS.—LIMA.



AGUADOR.—LIMA.

ESPEDICION CIENTIFICA AL PACIFICO.

Chaillu se aventuró por una de las primeras calles y notó que mujeres y niños huían de él como de un apesadado... ¡Pero lo que fijaba sus miradas era el suelo, sembrado de blancos huesos!...

Siguiendo adelante llegaron á una gran cabaña, ó sea á la casa de la *palaver* (casa de las discusiones), donde le dejaron solo con Miengai y Makinda.

Chaillu oyó al poco tiempo una gran gritería y asomándose á la puerta, vió un gran número de fans ocupados en repartirse el cuerpo de un negro muerto; y como no bastase para dar á todos, de aquí el origen de aquel alboroto.

Observando que nadie osaba tocar la cabeza del cadáver, interrogó á Makinda, y éste le contestó que aquella parte se llamaba: *El bocado del rey*.

Paseando despues por el lugar observó que entre casa y casa habia indispensablemente un gran monton de huesos humanos.

La calle principal tenia 800 metros de largo: la poblacion se componia de reducidas casas de corteza de árboles, cubiertas con esteras. Carecian de ventanas, y constaban de un solo aposento, que servia para todo.

La poblacion estaba provista de una alta empalizada exterior, en la que de noche quedaban centinelas y vigías, con una especie de perros, cuyos ahullidos anuncian que se aproxima algun extraño.

Aquella tarde observó Chaillu, que los negros no le miraban ya con terror, y que hasta las mujeres le dejaban aproximarse.

Aquel mismo dia fue presentado al rey de los fans, llamado *Ndiayai*, personaje de aspecto feroz, y cuyo cuerpo enteramente desnudo, si exceptuamos el taparabo de corteza, estaba pintado de rojo.

En la cara; en el pecho, en el vientre, en la espalda, en todo su cuerpo, llevaba groseramente dibujadas multitud de extrañas figuras.

Estaba completamente cubierto de talismanes y armado como sus súbditos, con la diferencia de ser mas repugnante y aterrador.

Chaillu aparentó, sin embargo, la mayor tranquilidad, aunque mentalmente se preguntaba si le ocurriria á S. M. *Ndiayai I*, considerarle con un buen bocado, por lo nuevo del color blanco en aquel pais.

Ndiayai llevaba el cabello como los picadores, formando coleta y pendiente de la punta varias anillas de hierro y de cobre.

Con idénticas alhajas se adornaba las piernas. Su delantal no era de piel de gato salvaje, sino de leopardo.

Llevaba el pelo de la barba distribuido en muchas trencitas tiesas, que avanzaban hácia fuera, y se terminaban en perlas blancas.

Los afilados y negros dientes de aquel canibal tenian algo de respetable: cuando abría la boca creía ver Chaillu una tumba.

La reina ó princesa esposa, que acompañaba á *Ndiayai*, era realmente la mas vieja y fea de todas las viejas feas y negras: llamábase Mashumba.

S. M. Mashumba, no llevaba mas vestido que un taparabos, de cuatro pulgadas de ancho teñido y decolorado.

Como su real consorte tenia el cuerpo cubierto de figuras fantásticas coloradas: su piel, constantemente espuesta á los rigores de la intemperie, se habia cubierto de muchas y desiguales arrugas.

Llevaba en las piernas dos enormes anillas de hierro y por pendientes dos anillas de cobre de dos pulgadas de diámetro. El peso de ellas la habia desgarrado las orejas, y por cada agujero de ellas le cabía el dedo meñique.

El rey, que habia mostrado grandísima repugnancia á aquella entrevista, se turbó al verse ante un *mbuiri*.

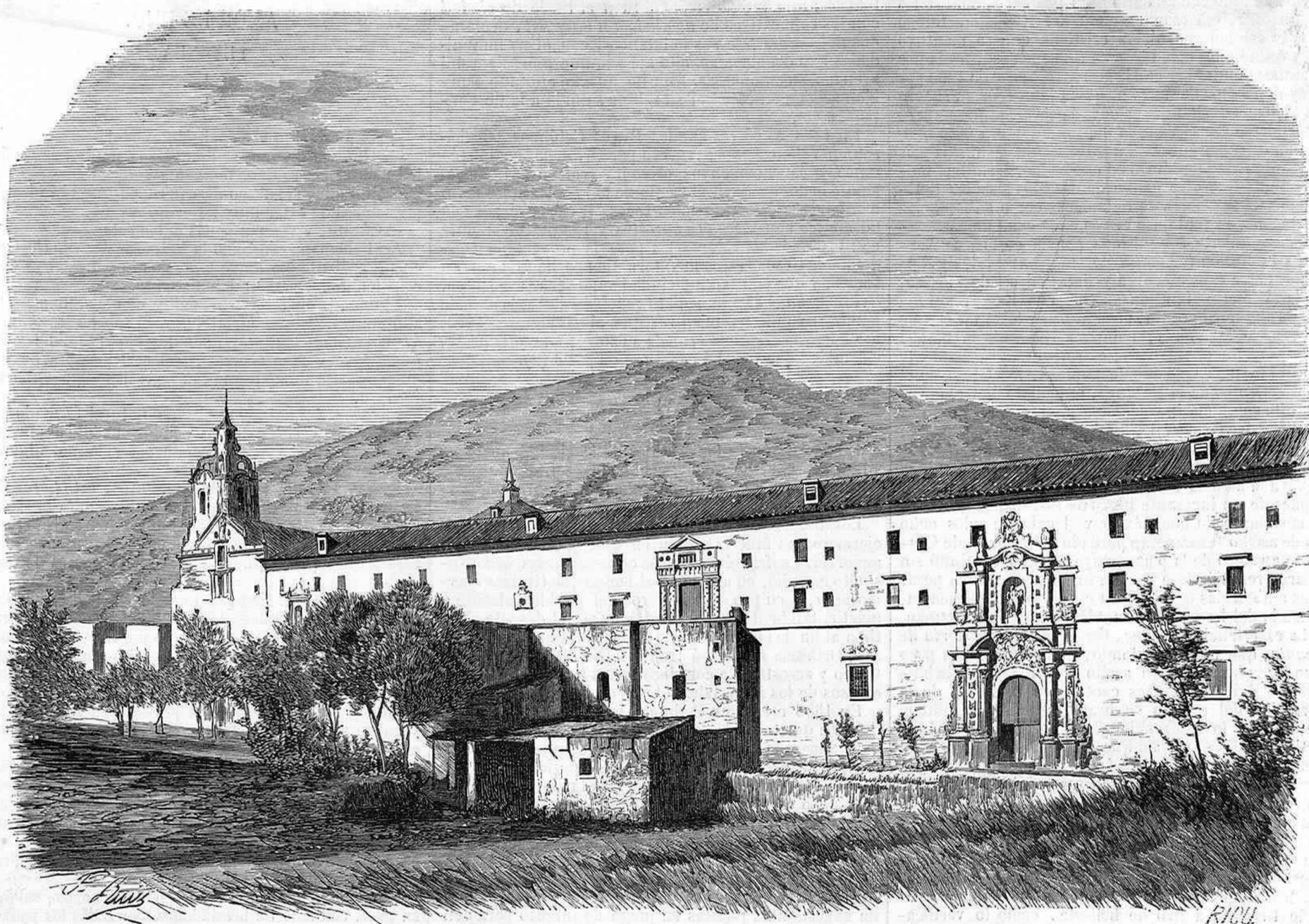
Consistia esto, no en falta de valor personal, sino en que algun brujo de la corte le habia vaticinado que moriria tres dias despues de aquella entrevista.

Mbene, padre de Makinda y de Miengai, igual por lo tanto en categoria al asustadizo *Ndiayai*, logró persuadirle de la falsedad de aquella prediccion, fundándose en que él, rey tambien, no habia perdido la vida á pesar de haber visitado muchas veces al *mbuiri*.

Añadió S. M. Mbene, que era una gloria para ambos el que un espíritu hubiera hecho millares de leguas al través «de las grandes aguas» (el Océano) para visitar el pais de los fans.



MUSEO ETHNOGRAFICO DE MADRID.—DIVINIDAD CHINA.



FACHADA MERIDIONAL DEL CONVENTO DE SANTO DOMINGO EN ORIHUELA.

Ndiaya aparentó convencerse con aquellas razones y despues de dirigir algunos cumplimientos negros á su huésped blanco, mandó á una de las reinas que hiciese la comida á éste y se alejó con toda su córte.

Al oscurecer restablecióse la calma en la aldea, y Chaillu, retirado ya en su cabaña, vió entrar á la reina cocinera con una marmita llena de bananas y batatas cocidas; pero recordando que aquella cazuela habia servido mas de una vez para cocer un muslo, una pantorrilla ó algun otro pedazo de carne humana, rechazó con horror el presente. dió á la reina un espejito y atrancando la puerta de su cabaña, se acostó sin cenar.

La noche siguiente fue obsequiado por el rey con un baile, idéntico á todos los bailes negros: un barril de aguardiente, dos ó tres de vino de palmera, mucho tabaco, mucho ruido, un tambor de piel de cabra, cantos monótonos é interminables, y saltos y contorsiones del género mas obsceno y repugnante.

Al amanecer le despertó un gran ruido, é inmediatamente salió de su cabaña para averiguar la causa de tal tumulto. Mas era poca cosa.

Reduciase á que algunos negros de la tribu que regresaban de una expedición, habian comprado al pasar por el lugar inmediato, el cadáver de un hombre que acababa de espirar.

Avisado el rey Ndiayai, acudió en busca de su *bocado real*, ó sea, de la cabeza; y luego presidió la distribución del resto.

Chaillu no pudo resistir el espectáculo de aquellos hombres que se preparaban á despedazar el cadáver: sintióse indispuerto y alejó de allí horrorizado.

El devorar los cadáveres de criaturas que habian sucumbido, víctimas de una enfermedad cualquiera, tal vez

contagiosa, le pareció un refinamiento de canibalismo, del que nunca habia oido hablar.

Queriendo saber si esto era una costumbre del pueblo *fan*, ó se reducía á un simple capricho, interrogó á algunos fans, valiéndose de mil precauciones y rodeos, temiendo irritarlos; pero le contestaron sencillamente, y con la mayor naturalidad, que compraban todos los cadáveres de la vecina tribu de los oshevas, á la cual vendian los suyos; que adquirían igualmente á cambio de marfil, dando un diente pequeño de javalí por cada uno, los cadáveres de los esclavos de las tribus de los mbichos y de los mbondenos; y en cuanto á las enfermedades, añadieron que no habia semejante cosa: que el hombre se moria cuando se le acababa la vida de que estaba dotado, ó cuando le hechizaban, y por lo tanto, que no habia motivos para andarse con ridículos escrúpulos.

Chaillu, que se habia propuesto estudiar á fondo aquel pueblo, tuvo valor para permanecer allí ocho dias mas.

En el artículo siguiente resumiremos todas las noticias que acerca de sus observaciones nos hemos facilitado.

FELIPE CARRASCO DE MOLINA.



EL AERONAUTA MR. NA'AR.

ORIHUELA GEOGRAFICA,

HISTÓRICA, ESTADÍSTICA Y MONUMENTAL.

IV.

El nombre de Orihuela, oscurecido en medio de esa lucha perdurable de contiendas civiles, y de la cual era ya dueño el mahometismo, vuelve á sonar de nuevo en 1144, en que por uno de esos animosos esfuerzos de la libertad y de la fe, unidas en consorcio, se

rebeló, aunque con un éxito poco lisonjero, contra los almoravides, esa raza animosa del Mediodía. Luego en 1242 recibió guarnición cristiana que se mantuvo hasta veinte años más tarde en que fue recuperada por los árabes espulsados con brioso arrojo en el de 1263 por el rey don Jaime de Aragón, quien la cedió á su suegro don Alonso el de Castilla, en cuya época dicen que empezó á estenderse por el llano la población, que, según queda dicho, subía antes solamente desde la misma raíz del monte hasta las alturas de su primer término, fuera de algun que otro grupo de caseríos aislados deseminados al acaso dentro de muros, como adherencias estratégicas de ventajoso efecto en la edad media.

Sucesivamente conquistada por la corona de Aragón, su posesión fue causa de sangrientas lides y disturbios entre este monarca y don Pedro I de Castilla, que la acometió simultáneamente con Elche, sin resultado alguno al pronto, pues hubo de levantar el sitio con grande ignominia, habiendo rehusado la batalla campal (1) que el aragonés, que acudiera súbitamente como el rayo, en auxilio de la plaza, le ofreció en el titulado Campo de la Matanza, inmediato á ella, (2) si bien esta conducta inconcebible en el carácter de bronco del monarca encerraba un doble sentido estratégico cual era distraer la atención de los aragoneses, que cayeron cuando menos lo pensaban en el lazo, dando el triunfo á la astucia: así que, el día 30 de mayo de 1363, después de un incesante juego de estratagemas, coronadas siempre de buen éxito y al cabo de solos ocho días de asedio tenazmente porfiado, el ejército de Castilla se apoderó de la plaza, cuyo castillo continuó sin embargo resistiéndose por algun tiempo, aun á pesar de las embestidas que le diera el tercio de preferencia, al mando del bravo jefe don Alonso Perez de Guzman.

«La experiencia hizo ver, decimos en la *Historia de Alicante*, que venimos citando, que era empresa poco menos que imposible un asalto con buenas probabilidades de éxito, mientras continuase al frente de la guarnición del castillo su bravo gobernador militar, que tambien lo había sido ya de Alicante, don Juan Martinez de Eslava... así que, en esta persuasión pidió el castellano una entrevista á este caballero, simulando solicitar una capitulación honrosa; si bien ocultando una insidiosa perfidia. El alcaide, no obstante, fiado en la palabra real, no vaciló en concurrir á la entrevista que debía verificarse en la parte de la ciudad que llaman Oriolet; pero el rey don Pedro dispuso que dos ballesteros llamados Alfonso Cintra y Gimeno de Arcos, tráfugos del campo aragonés, le matasen apenas le tuvieran á tiro de ballesta, como lo verificaron (3). El rey cogió el fruto de su traición, pues dos días después, faltó el castillo de la autoridad de su valiente alcaide y de la subordinación necesaria, se entregó á los castellanos sin condiciones de ningun género.»

Hemos trascrito este episodio, omitiendo otros muchos que enaltecen el timbre de esa ciudad histórica, y cuya reseña minuciosa desnaturalizaría la índole de nuestro trabajo.

V.

Luego, con motivo del comprometido interregno que sobrevino á la muerte de don Martin, rey ya de Sicilia y que no solo conmovió esta potencia, sino tambien las de Aragón, Castilla, Nápoles y Francia, por no haber dejado aquel sucesor directo á sus derechos; por sentencia arbitral pronunciada en el castillo de Caspe en 28 de junio de 1412 y en cuyas discusiones previas, tomó una parte activa la diputación foral de Orihuela, como una de las mas importantes plazas del reino de Valencia, fue comprendida en dicha demarcación, jurando y rindiendo obediencia y pleito-homenaje al nuevo soberano electo, don Fernando, príncipe llamado de Antequera (4), y á cuya época corresponde la venida á la propia ciudad de que vamos hablando, y predicación en sus templos del apóstol valenciano, San Vicente Ferrer (5).

Por decreto expedido en Gaeta por don Alonso de Aragón y Nápoles, según privilegio refrendado en 11 de setiembre de 1437, Orihuela plaza cerrada de robusto muro, guarnecida de cincuenta torres y atalayas y protegida por su imponente castillo, considerado en-

(1) Zurita, lib. IX., cap. 59.—Pedro Lopez de Ayala, en su *HISTORIA DEL REY DON PEDRO*, A. XV., cap. 6.

El ejército total del castellano constaba de 40,000 peones y 7,000 caballos.

(Mosen Vicente Bendicho, *CRÓN. INEDITA*, de A., fol. 282.)

(2) Los capitanes del rey de Castilla le aconsejaban que no rehusase la batalla, dando una prueba pública de cobardía; pero encolerizado el príncipe, mandó traer un pedazo de pan, lo tomó en la mano y dijo: «A mi semeja que vosotros seades de acuerdo que yo ponga batalla al rey de Aragón: digo la verdad, que si yo tomase con mi los que el dicho rey de Aragón tiene en sí é los había por mis vasallos ó por mis naturales, que sin todo miedo pelearía con todos vosotros é con toda Castilla y aun con toda España; y porque sepades en que vos tengo digno que con este pan que tengo en la mano, saltaré cuantos leales tengo en Castilla.» El consejo supremo del rey prevaleció al fin, aunque sin revelarse abiertamente el enigma, y con gran mengua suya ante el público.

(Bend. Crón. citada, f. 281.)

(5) Lopez de Ayala, en el lugar ya citado.

(4) Ranera, *HIST. UNIV.*, pag. 186.—Don J. A. A. *OP. HIST. DE ORIH.*, pag. 6.

(5) Don J. A. A. en su op. ya cit. pag. 6.

tonces como inespugnable obtuvo el título de ciudad con los calificativos de *nobilísima y muy fiel*, declarados *nobilísima fide* sus habitantes, con otras inmunidades que denotaban el alto aprecio que mereciera tal prenda á sus monarcas. En este mismo año fue tambien erigida en catedral su iglesia, unida á la de Cartagena (1).

En 1488 las córtes que los Reyes Católicos reunieron en Valencia, á su regreso por Orihuela, concluyéronse en esta, con cuyo motivo hicieron su entrada solemne en 25 de abril, al frente de todo el fastuoso ceremonial de la época de tales casos. Hicieron allí con tal motivo considerables aprestos y reclutáronse quinientos soldados voluntarios para la proyectada conquista de Granada que meditara tiempo há la animosa Isabel, y que con tanta facilidad supó llevar á término. Orihuela en el año inmediato redobó este subsidio de hombres y dinero, mientras que al siguiente, 1490, fue horrorosamente diezmada su población por la peste, calamidad que tornó á repetirse en 1508 (2).

VI.

Desde esta época los destinos de la ciudad moderna adquieren el principio civilizador de un horizonte vastísimo, desarrollando un notable incremento y ensanchando el vasto círculo de su importancia.

Los disturbios civiles de las Comunidades de Castilla, ejercieron su funesta acción en esta plaza militar tan aguerida, sufriendo luego las consecuencias de su resuelto empeño, en oposición al bando que titulara *agermanado*, y en pro de los fueros del pueblo jadeante y mártir, tan brutalmente insultados por el déspota. Víctima al fin de la superioridad desproporcionada de fuerzas, Orihuela sucumbió tras sangrienta lid, presa del tirano y arrostrando con dignidad suprema y brio los excesos de los imperiales, ébrios de botín y sangre.

En 1555 creóse en Orihuela la célebre universidad literaria que tanto la ha ennoblecido en los últimos siglos. Separada en 1564 su iglesia catedral de la de Cartagena, su primer diocesano, don Gregorio Gallo y Andrada, tomó posesión dos años más tarde, celebrando un sínodo en 1569, el cual reprodujo en el inmediato su sucesor mitrado don José Estéban (3).

En las córtes del reino de Valencia, celebradas en 1626, Orihuela, que ocupara el llamado tercer brazo real de las mismas, votó con decisión en tal partido, sin que sus diputados se arredraran ante cierto género de sugerencias, puestas en juego de intento para contrariar su ánimo (4).

De entonces acá, una serie de calamidades sin cuento han afligido á esta ciudad tan célebre como injustamente desatendida en la historia patria moderna. La peste en 1648 la arrebató seis mil víctimas; dos avenidas del Segura han destruido gran parte de la población y otros pueblos de su hermosa vega, sin que las reedificaciones hechas puedan competir con las obras que han reemplazado.

La fiebre amarilla en 1811 y 1812, los terremotos de 1829 (21 de marzo), y el cólera morbo asiático en 1834, 1855 y 1856, son, entre otros muchos, los principales azotes que han dejado estampada en Orihuela su destructora huella, habiendo sufrido además las consecuencias de la denodada actitud que tomó en las memorables guerras de sucesión, de la Independencia, y demás compromisos políticos del siglo, que en esta población, acaso mas que en otras, han puesto á dura prueba el heroísmo, la virtud, la consecuencia, la honradez y el sufrimiento de los ciudadanos libres.

Queda, pues, terminada á grandes rasgos la parte geográfico-histórica de la ciudad de Orihuela, con sus principales vicisitudes, contratiempos y glorias. El grabado que acompañamos, copia de una exacta fotografía sacada de intento propio por el distinguido artista don José Ruiz y Gil, representa uno de los mas interesantes grupos de la población, tomado desde el primer puente del Segura, que la atraviesa por S. E., destacándose sobre ella en segundo término y sobre una estensa esplanada del monte, el magnífico seminario conciliar de San Miguel, de que ya tendremos lugar en otra ocasión, mas propia que esta, de tratar.

Réstanos ahora, para completar en lo posible nuestro trabajo, hacer la reseña decorativa de sus monumentos y bellezas clásicas, con todos los datos monográficos que se nos suministren, á fin de dejar trazado el cuadro sustancial de su actual estado y demás accidentes dignos de mención honrosa, todo lo cual debe ser objeto de nuestro segundo artículo.

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

(1) Madoz, *DICCION. GEOGRAF. ART. «ORIHUELA»*, pag. 565, col. primera.

(2) Madoz.—Don J. A. A. p. 7.—Don Giuseppe de Mendoza, *PARALELO HISTORIAL*, clave 117.

(3) Madoz.—Mosen Cándido Yañez, *INVEST. HIST. DE ORIH.*, pag. 90.

(4) Don Frey Ibo de Rojas, *CONCORDANCIAS Y EFEMERIDES*, pag. 142.

AMOR DE HIJO.

I EYENDA.

I.

QUERER ES PODER.

—¡Qué calor! ¡qué calor! ¡Me ahogo!
—¿Quiéres que nos sentemos á la sombra de un árbol y descansaras unos momentos?
—Hijo mio, sí; deseo descansar porque tú lo hagas, pues debes de estar muy fatigado.

—Cúrate, y vengan penas como ésta.

Así hablaban, cruzando la hermosa vega de Granada en un ardiente día de verano, dos hombres cuya descripción merece algun detenimiento.

El uno, jóven, robusto, ágil y de elegante aspecto, aunque vestido pobremente, llevaba sobre sus hombros á un anciano paralítico, con los ojos hundidos y los labios secos, pero acompañados casi siempre de una dulce sonrisa humedecida con lágrimas abundantes de ternura.

Llegaron á un fresco pabellon natural formado por las ramas de varios árboles, y el jóven sentó al anciano en una piedra, sobre la que había colocado algunas yerbas y parte de su ropa exterior.

Este hijo de tan nobles sentimientos, este héroe del amor filial, estaba reducido á la última pobreza. Mantenía á su padre con el producto de su trabajo, que consistía en dar algunas lecciones de lectura y escritura á unos pocos niños de las ínfimas clases de Granada.

Así vivió algun tiempo, cuando su padre quedó en un estado de postración lamentable: las medicinas eran inútiles, y según el médico, no tenía mas remedio que tomar los baños de Graena. Tristes les puso esta noticia, porque ¿quién costeaba aquel viaje á diez leguas de la población? ¿Quién les alimentaba en los baños?

Querer es poder, dice un proverbio, y aunque no siempre sea cierto, por esta vez probó bien su veracidad.

Alfonso, que este era el nombre del jóven, no dudó en recoger todo el dinero que le fue posible, y conducir á su padre, llevándole sobre sus hombros, para obtener la salud del anciano. Rehusó el buen padre este proyecto; pero su hijo le rogó tanto, que lo que eran planes llegaron á ser hechos, causando la admiración de todo el pueblo de Granada.

En efecto, Alfonso con su venerable carga, salió de su país, colmado de bendiciones por todos los padres, y de aplausos por todas las personas de corazón, que al fin todos eran hijos.

Llevaban consigo una pequeña suma de que la caridad pública les había hecho dueños, y una santa alegría que contrastaba notablemente con su penosa situación. La fe y la esperanza les animaban, dándoles fuerzas para resistir tantas fatigas.

Después de haber comido pan, queso y algunas frutas que llevaban en unas alforjas, bebieron agua que Alfonso recogió de un arroyo cercano en una cantarita y volvieron á emprender su viaje.

Alfonso dulcificaba las penas con sus cantares.
¡Benditos los que cantan en las adversidades, porque tienen corazón!

II.

ADELANTANDO.

Los baños de Graena son uno de los lugares en que la naturaleza se muestra con la gravedad mas sorprendente. Un cerco de montañas elevadas encierra el sitio del manantial, que nace entre unas rocas de que se compone todo el terreno. En ciertos puntos se levantan grandes masas informes de piedra á cuyos pies crecen, estendiéndose como una alfombra, multitud de yerbas aromáticas.

La calma que se disfruta en este poético recinto, su cielo siempre azul y trasparente, el aire embalsamado que se respira y hasta la admiración de aquel paisaje nuevo que derrama paz y dulzura en el alma, todo contribuye á mejorar mucho la parte moral de los enfermos.

Los bañistas acomodados viven en pequeñas habitaciones, por las que pagan un crecido alquiler. Los pobres que acreditan serlo, tienen derecho á un baño general gratis y habitan las cuevas de los montes inmediatos.

Habían tomado posesión de una de estas nuestros amigos, y el anciano llevaba ya seis baños. Alfonso iba todos los días, con su padre sobre las espaldas, desde la cueva al baño, y luego otra vez desde éste á su vivienda.

Las demás familias que los habían observado, y que averiguaron y pudieron explicarse aquel poema de virtud y de cariño, les ayudaban con sus dones, admirando á unas pobres gentes tan felices en su desgracia.

A la vista de semejante espectáculo, mas de un ateo (de nombre, por supuesto) había bendecido á Dios; mas de una conciencia extraviada había vuelto á la senda del bien; mas de un padre y de una madre habían estrechado á sus hijos contra su corazón señalándoles aquel grupo sublime, como queriéndoles imbuir á su vista los mas grandes sentimientos.

La salud del anciano iba en aumento. Sus fuerzas empezaban á renovarse. Todas sus esperanzas se dirigian á pasos agigantados hácia la realidad.

Cada vez que el enfermo vencía la parálisis haciendo el mas ligero movimiento, gritaba el jóven con tal entusiasmo, que los vecinos siempre estaban al corriente de aquellos adelantos sin necesidad de que se les diese la noticia.

Cada vez que el padre iba ó volvía del baño, acostumbraba á repetir á su hijo desde su admirable silla: — ¡Cómo te cansas!

Y Alfonso contestaba siempre radiante de contento: — Cúrate y vengas penas como ésta.

III.

EL HOMBRE PROPONE Y DIOS DISPONE.

Ha pasado un mes.

Alfonso y su padre están de vuelta en Granada, buenos y sanos al parecer, pero perseguidos por la miseria.

El vulgo, murmurador por naturaleza, que había aplaudido días antes la conducta de Alfonso, diciendo que Dios nunca abandona á los buenos, y que aquella acción había de labrar su felicidad y su fortuna, hoy duda ya de la justicia de Dios, censurándole, como si pudiesen los hombres penetrar los arcanos de sus altos juicios.

— Figúrese usted, un hombre tan bueno, un hijo tan bueno, un cristiano tan bueno y con tan poca suerte.

— Vamos ¿en qué piensa Dios?

— Hombre, yo no lo sé, porque el pobre chico ha querido ser maestro de escuela, que es lo que le conviene; y nada, no hay vacantes; y Dios no mata á uno de tantos *camuesos* que en vez de instruir están destruyendo á los chiquillos.

— ¡Vamos, si hay para colgarse!

— Yo le he proporcionado una pequeña cantidad para que coma, porque como para ir á los baños le adelantaron dinero los padres de sus discípulos...

— Pero hombre, ¿en qué pensará Dios?

— Le repito á usted que no lo sé.

Ya vemos en este *no lo sé* la única verdad que sentaban aquellos jueces de la Providencia Divina.

Otros decían:

— Hombre, me parece imposible que Alfonso no se pegue un pistoletazo.

— Calle usted por Dios, que si no tuviera tanto talento, de seguro lo hubiera hecho.

Entre tanto, Alfonso y su padre veían el porvenir siempre luminoso; al cargo de Dios dejaban sus asuntos; proponían grandes planes, y Dios disponía, sembrando siempre en sus corazones el germen de la virtud y de la ventura.

Alfonso buscaba el sustento hasta en los trabajos mas penosos.

Su padre quería ayudarle; pero en su estado de convalencia, éste era un exceso sumamente arriesgado.

De aquí resultaban luchas continuas entre uno y otro, que concluían diciendo:

— Hijo, te lo mando.

— No puedo obedecer ¿lo entiendes?

— ¡Bendito sea Dios que me ha dado un hijo tan bueno! ¡Bendito, que me hace gozar en circunstancias tan tristes como las que estamos atravesando!

— Por siempre sea bendito, sin que tú trabajes.

IV.

VIRTUD Á PRUEBA.

Todavía quedaban á Alfonso algunas gotas que apurar del cáliz de la amargura.

Mientras tuvo que derramar el sudor de su frente para conservar su vida y la del que se la había dado, mientras necesitó de la limosna del prójimo, mientras la desgracia se ensañó mas y mas contra él, sus ojos se mantuvieron secos; ni una lágrima de dolor había caído en sus mejillas, porque su entereza, y mucho mas su resignación, se lo impedían.

Y vedle hoy: anegado en llanto, ya con la vista fija en el cielo, ya cubriendo el rostro con sus manos, murmura entre dientes:

— ¡Hágase en todo la voluntad de Dios!

Ni una queja sale de sus labios, que si su corazón, frágil, como humano, empieza á sentirse, se esfuerza y la acalla, y la ahoga con un rico tesoro de religión, y el bálsamo consolador de las lágrimas.

Ha muerto su padre.

La parálisis pudo desaparecer con los baños; pero su dolencia interior, progresando paulatinamente, le llegó á aniquilar en pocos minutos.

Alfonso le había tenido en sus brazos hasta el último instante.

Ya está solo: al mirar aquel frio cadáver tendido en un montón de paja, llora; y llora sumido en la mas profunda tristeza, porque el adiós que pronunció el moribundo ha sido su palabra postrera.

Ya no volverá á llamar á su hijo.

Ya ha cerrado los ojos para siempre.

Dejad al huérfano que lllore; es una necesidad el

llanto cuando el corazón está desgarrado por un hondo pesar.

¡Pensamiento cruel! ¡Nacemos obligados por razón natural á ver morir y despedirse para esa insondable sima que llaman la eternidad, á los seres que mas queremos en la tierra! ¡Ver á las personas que nos tuvieron en sus brazos, que nos enseñaron á pronunciar las primeras palabras, que tanto nos idolatraban, convertidas en una estatua muda, en un cuerpo sin vida, que podrá recibir de sus hijos pruebas de homenaje y de cariño sin contestarles nunca con una sola espresión de consuelo!

Alfonso, con el rostro lleno de lágrimas, hizo todo lo necesario y lo posible para dar sepultura al cuerpo de su padre.

El entierro se verificó pobremente, porque no podía mas aquel hijo desventurado.

Miradle: parece que ya no llora. Sentado en el sitio en que recibió el beso y la bendición suprema de su mejor amigo, reflexiona sin levantar la cabeza, que tiene inclinada sobre el pecho.

¿Por qué suspira con tanta pena?

¡Ay, que quiere usar de la fuente de sus ojos y ahogar su pesar despedazando su alma!

V.

EL ÁNGEL PROTECTOR.

Se iban haciendo muy públicas en Granada las desventuras del pobre Alfonso.

De boca en boca, y mas ó menos desfigurada la verdad, había pasado su historia, de los pobres á la clase media, y de ésta á las principales casas de la población.

Los que se interesaban por su suerte le hacían algunos donativos de mayor ó menor cuantía, segun los medios que tenían disponibles.

Pero Alfonso pretendía ser maestro, y no pasaba de pretenderlo.

El vulgo seguía murmurando.

Y aquel héroe, bendiciendo á Dios y colmado de esperanza.

¿Podría negarse la justicia del Ser Supremo? ¿Sería perfecto sin ella, siendo tal vez el primero de sus atributos?

Un día amaneció mas puro para aquel desgraciado.

El presentimiento de haber conseguido sus deseos hervía en su corazón, y por eso encontraba mas risueña la aurora, mas bella la naturaleza, mas alegres los cantos de las aves.

Y es porque los presentimientos hacen gozar ó sufrir como la realidad; es porque los presentimientos impresionan nuestra alma, como impresiona nuestro olfato el perfume de una rosa que no vemos.

Presentía el huérfano, y no en vano miró aquella mañana vivificarse la luz de su esperanza.

Un caballero granadino había oído contar lo que estaba pasando á un hijo tan digno de mejor fortuna; tenía muy buenas relaciones, y se decidió á tomar el cargo que la Providencia le confiaba.

— Buenos días, dijo entrando en la casa de Alfonso.

— Muy buenos días, contestó éste ofreciéndole asiento.

— He sabido, amigo mio, las continuas desgracias que está usted sufriendo. No se me ha ocultado nada. Sé que trabaja usted en oficios mecánicos para ganar la subsistencia. Un jóven de tanto talento y sobre todo de tanto corazón, no debe permanecer de esta manera. Dentro de pocos días se verificarán unas oposiciones á la plaza de profesor de primera enseñanza de un pueblo de esta provincia; hay muchos opositores, pero todavía es tiempo de presentarse y no dudo que usted...

— ¡Gracias, gracias, señor! interrumpió Alfonso, sin poder contener dos gruesas lágrimas que bajaban por sus mejillas. Yo agradezco las bondades de usted, pero no dejo de conocer mi falta de instrucción.

— ¿Tendría usted inconveniente en venir conmigo?

— ¿En este momento?

— Sí.

Y sin hablar mas palabra, Alfonso salió detrás de aquel caballero, desconocido para él, pero á quien ya miraba con el mayor cariño y respeto.

VI.

¡GRACIAS Á DIOS!

Ya tenemos á nuestro héroe en la escuela que dos meses atrás se había anunciado vacante.

Su asidua aplicación, ayudada por el talento de su protector, que le había proporcionado, no solo todos los libros que necesitaba, sino tambien las esplicaciones que le pudieran convenir, había triunfado en los ejercicios hechos ante un severo tribunal.

Poco tiempo hacía que habitaba en el pueblo, y era ya querido por todos sin distinción. La noticia de su heroica virtud llegó junta con la de su nombramiento, y esa noticia había preparado en su favor todos los ánimos.

Sus discípulos deseaban estar siempre á su lado, cosa que por primera vez le ocurría: él había sabido cap-

tarse el afecto de sus corazones; y ellos, con el ejemplo de su maestro, ¿podrían dejar de ser buenos?

Después pasó á otro pueblo, y en él han desaparecido de las facciones de Alfonso las huellas que grabaron los pesares.

Dios, al crearnos, ha hecho que el tiempo y el hábito puedan aminorar y hasta hacer que desaparezcan los mas amargos dolores: de otro modo, ¡cuán poco duraría nuestra existencia!

Alfonso se ha casado en ese pueblo; ha tenido hijos y va aumentando su fortuna para poderles dejar un modesto patrimonio.

— Quiero legar á mis niños, dice, además de esta casa y de unos pocos bienes, el agradecimiento á nuestro protector, que procurará se conserve como una herencia perpetua en mi familia, hácia el autor de mi fortuna y sus descendientes.

Hoy es feliz en los brazos de una amante esposa y de unos tiernos ángeles que le rodean, haciéndole gozar infinitos placeres que su corazón comprendió en los tiempos de su infortunio, y que siempre había deseado.

¿Lo dudáis, lectores? ¿Creeis que es cuento hijo de mi fantasía? Pues id á Almadhar, en la provincia de Málaga, leed estas líneas al maestro de escuela, y le escuchareis repetir con lágrimas de gratitud.

— Nunca dudé de Dios, y Dios no me ha desamparado.

ADOLFO MIRALLES DE IMPERIAL.

UN EPISODIO DE VIAJE.

Eramos los seis consabidos en el interior de la diligencia. Dos señoras mayores, una en frente de otra; un individuo flaquísimo, y tan largo, que tenía la cabeza inclinada con objeto de no rozar su gorra en la parte superior del carruaje, y además ostentaba unos anteojos inesplicables, color de chocolate, ocupaba un asiento del centro, formando perfecto contraste con su vis á vis que era un enorme personaje, á cuyo lado me hallaba yo, teniendo por espejo una niña, con unos ojos mas negros que las uñas del diablo, y una cintura capaz de enredar media vara de cinta.

Fue lo malo que desde que la ví empezó á enredarse en el alma, y sabido se está que no son los momentos del contagio los que vuelven al individuo comunicativo; eso viene después para distraer el fastidio; pero el resultado es que entonces era tiempo presente, y por aquí ya discurre el lector, que había dos viajeros, entretenidos en enamorarse á grande orquesta de suspiros. A los profanos, los que ignoran cuántos sostenidos lleva la clave, la tal melodía les parece estúpida; de modo que á vuelta de unos cuantos gestos, acompañados de igual número de monosílabos nerviosos-despreciativos, las respetables matronas tomaron el filosófico partido, á falta de otra distracción mejor, de entregarse á la contemplación de la campiña, y entablar *soto voce* una muy interesante conversación sobre el satisfactorio estado de la carretera, mezcladas con apartes brotando sal y pimienta, sobre el en que caritativamente nos suponían á mi vecina y á mí.

El hombre gordo, oriundo al parecer del país de la miel, no debía sentirse bueno; buscaba como si se le hubiera olvidado algo, en los bolsillos de su gabán, codeándose á mí su *ad latere* sin misericordia: sacó, en fin, un bulto del hueco de su asiento, le desenvolvió—produciendo mas ruido que tres docenas de cascarrones de huevos pisados por un astur—y del último de tres periódicos consecutivos... (*El Padre Cobos, Las Novedades y La Regeneración*), sacó á luz un hongo idéntico al que cubría su erizada cabeza.

En el acto emprendió el inquieto señor un ejercicio, al que debía hallar mucho chiste, segun lo que le prolongaba; consistía en quitarse el sombrero viejo y en su lugar colocar el nuevo, hundiéndole hasta las cejas, retirándole hácia el occipucio, lo que le daba un aspecto de San Isidro de barro, é inclinándole elegantemente, ya sobre una oreja, ya sobre la otra; haciendo tomar después iguales posiciones al viejo, y ensayándolas de nuevo con el otro, cuando se convencía de que había agotado su lista de posiciones académico-gorristas con cualquiera de los dos.

Encasulló de nuevo el célebre sombrero, con el indispensable y consabido estrépito, y empezó á registrar un profundo saco de noche colocado á sus pies: durante todas estas evoluciones refunfuñaba horrosamente; un enjambre asaltado por los zánganos, hubiera sin duda producido un ruido menos inarmónico; yo me devanaba los sesos discurrendo cómo haría yo y qué, para que aquella criatura me favoreciera con su silencio; cuando, ¡oh dolor! el hombre cerró de golpe su saco, se restregó las manos, miró á derecha é izquierda, de frente y colaterales, y exclamó: — ¡Parecemos mudos! — El buen señor había jurado que no sería posible la paz en el vehículo.

Restablecida apenas la tranquilidad, empecé á observar que el caballero delgadillo descargaba sobre mi vecina de en frente miradas desconfiadamente sospechosas; no le había sido difícil comprender que ella y yo deseábamos que el destino hiciera el resto, y no sé aun

COSAS DE MADRID.



Ya salen las modistas
de su trabajo,
¡qué felices aquella
que tienen maj!



Modista que á la calle
sale sin novio,
por evitars el agua
se espone al lodo.

si por aquella elevada imaginación, pasó alguna idea de participar de los postres; ello fue, que rápido como mentira de mujer, apenas el cruel vecino mío se lamentó del mutismo general, le contestó:—¡Ya lo creo! y la señora mayor que me quedaba próxima, probando a todos el uso espedito que podía hacer de su lengua, preguntó al Jeremías si era de por estas tierras.—¡Cál no señora, yo soy de Alcalá—para servir á usted,—dijo el macizo caballero, suspirando con satisfacción, porque al fin hablaba.

—¿Por qué lo decía usted? añadió para no dar lugar á que cesara la conversacion.

—No, nada, contestó su interlocutora, es que iba á preguntar á usted si sabía el nombre de aquel pueblecillo.

Y le señalaba uno á la izquierda del camino. El hijo de Alcalá se sonrió, colocó sobre el ojo izquierdo su sombrero, y exclamó con aire de reto: ¿Y qué diría usted, si yo la dijera que conozco mejor este pueblo que el mío?—¿Sí?—Si señora, como que fui criado en él!—¡Ya!—Ceso un momento la conversacion, durante el cual la fisonomía del compatriota de San Diego, experimentó una trasformación completa; casi se volvió simpática: sus grandes ojos pardos se animaron con una expresión pensativa y triste de que no los hubiera creído capaces; desarrugó la frente, reclinó con naturalidad la barba sobre las manos apoyadas en su baston, y por último colocó el sombrero derecho.

—¡En el mundo pasan cosas bien raras! dijo por último con voz conmovida.

—¡Ya lo creo!—asintió el caballero de las gafas; y él, mi vecina, las viejas y yo, miramos sorprendidos de su acento á nuestro ex-inquieto compañero de viaje; de modo que él, al levantar la cabeza halló cinco pares de ojos de distintos colores, examinando la parte mas saliente de su rostro, única que se le veía entonces, su nariz.

La atención general concentrada en su persona, debió de hacerle un efecto agradabilísimo; porque su cara, color de cresta de pollo, tomó una expresión casi beatífica; dueño de la situación, quiso sostener dignamente su papel, y para ello alargó el brazo, y pasándole por delante de mí a la altura de mi pecho, apoyó su mano casi redonda en el reborde de la ventanilla, y dijo con seguridad.

—¿Ven ustedes aquel pueblecillo?—pues me recuerda un cierto caso, que yo digo mi verdad, pero de muchas comedias que he visto, no ví en ninguna, cosa que se le pareciera de cien leguas.

—¡Hombre! dijo el de las gafas, ya lo creo; ¿diga usted

and así escucharemos.—¡Sí, sí! exclamaron en coro las damas.

Mi vecinita hizo un gesto muy mono, y dijo con una voz de tiple de primo cartel, y un airecito suplicatorio capaz de atormentar á Caltañazor.—¡Sí! ¡Haga usted favor! Yo no sé que dije, porque estaba pensando en el favor de mi vecina.

—¡Bueno, allá voy!—casi gritó el solicitado, en el colmo de la satisfacción;—es un poquillo largo,—pero allí va.

Pues como decía, empezó el historiador, hará unos treinta años, vivía en ese pueblo un labrador rico, que tenía un hijo el mejor mozo de todos en diez leguas á la redonda.

El tío César García había sido soldado voluntario, y era un hombre cabal si los hay; despachó franceses en su tiempo como uno de pocos, y tanto era así, que el que había sido su general, que vivía en Madrid entonces, le quería como á un hermano, y quiso ser padrino de Juan;—el chico que dije á ustedes;—y por fin se empeñó en llevar el niño á su casa, con intención de enviarle descortezado á su valiente, como él llamaba al tío César.

Tenía el general dos hijos y una hija, y el diablo que las teje hizo que el muchacho se aficionara desde pequeño á la niña, que se llamaba Leonor, de tal modo, y ella de él, que hubo que separarlos cuando él tenía catorce años y ella doce, porque decía el general que empezaban á quererse demasiado.

Y el tal Juan era un muchacho listo como una centella; estaba crecido como si tuviera diez y seis años; sabía leer y escribir de corrido; en fin, estaba educado como los hijos de su padrino; todo el pueblo se quedó pasmado cuando le vió; pocos muchachos se acercaban á él á pedirle que hiciera corro con ellos; no era soberbio, pero tenía un airecito que ¡ya, ya! serio y de pocas palabras. Yo era de poco mas edad que él, fui mas atrevido que los otros y le pedí que me enseñara á leer; me dijo que sí, y como mi casa estaba al lado de la suya, y estábamos casi siempre juntos, nos hicimos pronto lo mismo que hermanos, á pesar de ser nuestros genios diferentes. Entonces me contó él, que hecho á ver Leonor á todas horas, no sabía cómo vivir sin verla siempre; que se moría de tristeza y de fastidio; en fin, aquellas cosas que los enamorados dicen; y por fin, discurrió una cosa que no se le hubiera ocurrido al diablo; y fue que pidiera cada uno de nosotros permiso en su casa el sábado para cazar el domingo, y escapar con el tal pretexto antes de ser de día, llegar á Madrid temprano, y ver á Leonor por al-

guna rendija, que aunque no fuera mas, se daba Jua por satisfecho con eso. Y lo hicimos lo mismo que e sol; andábamos de noche, y al amanecer en Madrid; entonces él ya no daba cuenta de su persona: se colocaba en una cochera que había en frente de la casa del general, y allí le tenían ustedes, clavados los ojos en los balcones, sin acordarse de comer si yo no se lo decía, atisbando el momento de asomarse la señorita Leonor.—Todo esto se lo digo á ustedes, para que se vayan haciendo cargo de cómo sería el querer de aquel muchacho; aunque por las obras lo irán ustedes viendo: como aquello hay poco.

(Se continuará.)

L. DE LA V.



A LOS SEÑORES

SUSCRITORES Y CORRESPONSALES.

Los señores suscritores se servirán renovar la suscripción oportunamente si no quieren recibir con retraso el número primero del año.

El *Almanaque literario* para 1864 se remite tan pronto como se recibe aviso de su renovación, por lo que rogamos á los señores corresponsales, nos den pronto aviso.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR,
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES, MADRID, PRINCIPE, 1.